

En los límites de lo posible: política, cultura y capitalismo afectivo

ALBERTO SANTAMARÍA

Madrid: Akal, 2018
212 pp.



Toda crítica del capitalismo cargada de herramientas filosóficas parece obligada a afrontar un dilema: debe elegir entre la precisión conceptual o arriesgar una cuota de altura teórica para llegar a un público más amplio. No obstante, el ensayo de Santamaría consigue aunar ambas vertientes sin disminuir la precisión de su diagnóstico. En un intento de mostrar el suelo común al discurso sostenido por gestores, artistas, emprendedores y élites económicas, ensaya un abordaje de la discusión sobre el neoliberalismo dotándose de un evidente planteamiento estético, cuya discusión sobre la configuración de los posibles tiene un aire de familia nada inocente con debates ya sostenidos en la estética filosófica debido a la circulación de planteamientos como el de Rancière y su concepto de *reparto de lo sensible*. Quizá sea una referencia velada o, como mínimo, una conexión susceptible de ser trazada por cualquier lector de filosofía.

En cualquier caso, el fenómeno escogido (capitalismo afectivo) y el objeto de estudio (los nuevos discursos de gestión empresarial), sitúan a este ensayo en la línea

de los *Critical Management Studies*, con la particularidad de que su planteamiento estético o cultural permite declinar su apuesta por la indagación de los efectos políticos de cierta *obesidad creativa* que parece abundar en la empresa y en los espacios educativos.

Un punto de común acuerdo en las discusiones sobre neoliberalismo consistiría en la ubicuidad de la razón neoliberal, una forma de racionalidad que habría transformado todo ámbito y toda relación social. La novedad que introduce Santamaría es un estudio de la dimensión afectiva de este capitalismo, cómo habría colonizado todas nuestras disposiciones apuntando a una reorientación de la infelicidad producida por el trabajo, mediante el recurso a la creatividad, palanca sutil de aceptación y enardecimiento de la propia explotación laboral.

Ante tal planteamiento, los problemas que diagnostica Santamaría podrían cifrarse en una retórica afectiva que conforma un dispositivo de poder blando, saturado de consignas que apuntan a oscurecer la precarización y las altas dosis de autoexplotación; la configuración de ese dispositivo afectivo como una forma de activismo, mostrando al neoliberalismo como una práctica intensamente activista en lo cultural; y, por último, la producción de *ciudadanía de baja intensidad*, una despolitización lograda por la captura de unos afectos que, en condiciones pasadas, apuntaban precisamente a una crítica del capitalismo.

Al mismo tiempo que analiza una problemática global y recoge el testigo de las indagaciones de otros autores, Santamaría se sitúa con los debidas cautelas en la coyuntura española, lo que le permite extraer ejemplos del modo de funcionamiento de toda política cultural y las dimensiones sacrificiales que adquiere la racionalidad neoliberal cuando se imbrica con otras culturas (cristiana, dictatorial...), con total indiferencia hacia el tipo concreto de institucionalidad a la que se enfrente, es decir, sin importar si el marco político es democrático o de cualquier otro tipo. Lo que importa es delimitar los límites de lo posible, gestionarlos mediante una política de lo sensible que movilice un relato según una dinámica transformadora orientada, por un lado, a la construcción de una forma de olvido y, por el otro, a la puesta en marcha de una dinámica cultural simplificadora, que dicotomiza las alternativas resultantes opacando aquellas que podrían cuestionar los límites del marco dado.

Ese activismo cultural que el neoliberalismo pone en marcha se configura como un *dispositivo afectivo blando*, capaz de generar adhesión al mercado y a los preceptos de competitividad. Se trata, en el sentido de Foucault, de una *intervención ambiental* que no deja nada sin transformar y que apunta, en última instancia, a la eliminación de los efectos anticompetitivos de toda acción. En esa línea, “el potencial cultural del neoliberalismo se basa en que es radicalmente inclusivo” (p. 36),

acogiendo en su seno elementos potencialmente cuestionadores y subordinándolos al prisma de la competitividad.

En la movilización no conflictiva de la emoción y la creatividad, “hay un objetivo claro: generar ciudadanía de baja intensidad” (p. 41), borrar las fronteras entre trabajo y vida familiar, porque el tránsito cognitivo entre ambas tiene un coste con el que la racionalidad neoliberal no está dispuesta a cargar. Y, dado que el neoliberalismo implica “la empresarialización de la vida como eje vertebrador de toda toma de decisiones humanas” (p. 47), requiere una adaptación constante, la producción a cada instante de un marco regulativo distinto. A diferencia del naturalismo de la cosmovisión liberal, el proyecto neoliberal no conoce clausura, necesita reordenar constantemente el marco, de ahí el acierto del autor al mostrarlo como *incansablemente activista*.

El funcionamiento de esta dinámica cultural requiere de la apatía de los sujetos, necesita crear una ciudadanía no conflictiva. Y, muy inteligentemente, el neoliberalismo concibe la cultura como algo más que un proceso creativo, es también la forma de poner límites a lo posible, funcionalizar el marco y sus posibilidades. Como señala el autor, “la cultura es el modo de gestionar los límites sensibles de la política y es el modo también en el que se gestiona nuestra relación con el trabajo” (p. 57). En ese sentido, el éxito del activismo neoliberal reside en la “construcción de una ciudadanía tendente a combinar apatía política y capital humano” (p. 77). La despolitización es el objetivo; los afectos, el medio.

Los discursos gerenciales de las últimas décadas configuran un tipo de espíritu empresarial que permea todo ámbito social. Adoptan una forma de justificación del neoliberalismo no sólo tramposa sino seductora, generando adhesión entusiasta y haciendo pie en las críticas de época a las rigidices del Estado asistencial. El modelo de sujeto que esconden y apuntalan es producido para su máxima adaptación a las dinámicas del mercado competitivo. Esa evisceración cultural, que vacía los elementos culturales de su carga crítica, “deja traslucir una mercantilización en las formas de entender la democracia, la participación y los vínculos sociales” (p. 24). El resultado es una atomización con características moralizantes. Al desarticular el momento de la indignación, se impele al sujeto aislado a cambiar su reacción frente a la realidad que lo tensiona, pero no la realidad misma. Un movimiento de tales características sólo podía ser solidario de una erosión de la democracia y de los marcos colectivos de acción y comprensión, planteamiento que Santamaría toma de las críticas de Wendy Brown al neoliberalismo. En la estela de otras lecturas de corte foucaultiano, el lastre del sujeto político contemporáneo está presentado cabalmente y abre el campo a exploraciones futuras. Sin embargo, puede acusarse una falta de diálogo con otras perspectivas, como la crítica de la economía política,

que quizá permitan presentar las transformaciones del trabajo como un fenómeno coherente con las exigencias del proceso de valorización y las líneas motrices de un posfordismo sobre el que se dan unas pinceladas en este ensayo sin detenerse en exceso en su relación con este giro emocional del capitalismo.

En definitiva, la retórica afectiva, que termina produciendo sujetos sacrificiales y responsabilizados, “se apropia conceptos, los produce liberados de carga crítica” (p. 81), pero la creatividad de la que se vale “no es sólo un modelo ideológico, es también una forma de gubernamentalidad” que tiene dos objetivos muy claros: el aumento de la productividad y la generación de adhesión (p. 132). Así, el proyecto neoliberal se perfila como una estrategia de adaptación constante de los sujetos a un orden competitivo. Pero ese modelo sólo supone el desgarramiento de lo social, el desgaste del individuo, y lo que el capitalismo neoliberal no puede ofrecer es el tejido social en el que emerja una felicidad sostenible, para lo cual es necesaria una cultura crítica, una cultura entendida como conciencia vigilante.

La propuesta con la que Santamaría cierra el ensayo parte de un entendimiento de la relación entre cultura y acción crítica, según la cual la indignación puede tornarse actitud reflexiva. El constructo emocional que, mediante diversas mutaciones semánticas, inhabilita la crítica, es puesto a trabajar para sacar rendimiento de las emociones, que deben ser “reconducidas, diseccionadas, funcionalizadas”, en la medida en que pueden “desestabilizar el sistema y generar desequilibrio” (p. 146). La cuestión es que el capitalismo neoliberal advierte que la infelicidad es improductiva, y trabaja, en consecuencia, para controlar esos afectos, obturando toda actitud crítica. Así, la cultura creativa que nos ofrece, funciona como “barniz que oculta el disenso”, pero, la cultura como totalidad abierta, es también una herramienta política y “el lugar desde el que cuestionar la norma cultural homogeneizadora y despolitizadora”, una cultura que nos reconcilie con el disenso.

SERGIO VEGA JIMÉNEZ